

Democracia jacksoniana y discontinuidad histórica

Montserrat Huguet*

I. La ciudadanía estadounidense participa de una imagen que es reflejo de su formalización interna y que, contrariamente a lo que se piensa, ha tardado bastante tiempo en fijar. Abierto a mutaciones constantes, el así llamado *carácter* de los norteamericanos se mantiene gracias a la cualidad dinámica de la memoria colectiva¹. A estas alturas sería una simpleza incidir en lo que debe ser considerado un error común; me refiero a la homogeneidad en los comportamientos de una sociedad heterogénea en sus orígenes pero uniforme en sus actuaciones presentes. Pese a los tiempos complejos que corren, en los que lo de menos es a qué concepto se arrima uno, o que todos tengamos derecho a la manifestación de nuestras particulares querencias culturales, sigue intrigando la particular naturaleza del distintivo estadounidense, el modo en que esta amplia heterogeneidad de pueblos se fue insertado a lo largo de la historia en la percepción común del ser estadounidense. Del mismo modo, a los europeos nos resulta ingenua la creencia de los propios estadounidenses respecto a que el ser *americano* es un estado de naturaleza que se forjó en el origen de los tiempos, cuando los peregrinos huían de Europa para refugiarse en las costas vírgenes de un continente desconocido². El peso de las herencias europeas fue irregular ciertamente, pero todas ellas tuvieron en común su eficiente disolución en un magma cuando se hizo preciso.

Si nos fijamos en las teorías y en las prácticas políticas al uso en los Estados Unidos, percibimos que durante el primer cuarto del siglo XIX ninguna fue muy distinta de sus coetáneas europeas. El Liberalismo político, el republicanismo, eran fórmulas muy jóvenes que era preciso ensayar sin distinción de continentes. Sin embargo, a partir de aquellas décadas los experimentos tendentes a formalizar la democracia nacional deslizaron hacia pistas muy

* Profesora Titular de Historia Contemporánea. Universidad Carlos III de Madrid.

1 J. CUESTA: «Memoria colectiva e historia» en *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Alianza, Madrid, 2008, pp. 63-92.

2 J. GALTUNG: *Fundamentalismo USA: fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*, Icaria, Barcelona, 1999.

alejadas de las tradiciones liberales europeas. Las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo XIX fueron decisivas en el diseño de la mentalidad colectiva del país³. El no poco revelador apelativo de *Era Jackson*⁴ para referirse a ambas décadas, en las que Estados Unidos estuvo liderado — solo parcialmente — por el Presidente Jackson, subraya el reconocimiento general del influjo personal y administrativo de este personaje⁵ y de los que se le parecían en la futura configuración del país. No se me escapa que una apreciación de esta naturaleza, al hacer énfasis en el factor individual de los designios humanos, incurre seguramente en un pecado de exceso y de alguna falta de veracidad. Los modelos historiográficos excesivamente definidos no suelen gozar de larga vida. Le sucedió a la visión estructural de la historia y le sucede ya, y pese a su renovación en las dos últimas décadas del siglo XX, a la historia de las personas y a la biografía⁶.

La hipótesis sugerida queda no obstante matizada si agregamos que, junto al impulso debido a la singular personalidad de Jackson⁷, la nación estadounidense apuntaba en la primera mitad del siglo las maneras que habrían de empujarla hacia la singular configuración y manejo de su democracia moderna⁸. No era extraño que del contacto con un medio físico diferente al europeo, de la interacción de grupos humanos de procedencia y hábitos culturales muy diversos entre sí y del nacimiento de problemas comunes, surgiesen un conjunto de respuestas originales, referenciadas y exaltadas en tempranos textos históricos⁹. Tampoco debía llevar a extrañeza que la experimentación y no la teoría fuese el medio más eficaz para asegurar el equilibrio entre las particularidades y la corriente general. La sabiduría añeja de las soluciones europeas — comparada con las iniciativas americanas tempranamente por Alexis de Tocqueville¹⁰ — no se adaptaba a las necesidades específicas y nuevas, de modo que fue quedando a buen recaudo en las vitrinas domésticas quizá por nostalgia, como vestigio y símbolo de orgullo de una determinada procedencia, sustituida en la práctica diaria por la nueva *tradición americana*. En la ya mencionada Era Jackson un nuevo sentimiento de arraigo o pertenencia se deducía de las difíciles condiciones de

3 CL. EATON: *The leaven of democracy*, De. George Braziller, New York, 1963.

4 A. M. SCHLESINGER: *The age of Jackson*, Little Brown, Boston, 1945.

5 M. JAMES: *The life of Andrew Jackson*, New York, 1938.

6 G. G. IGGERS: *La ciencia histórica en el siglo XX*, Idea Books, Barcelona, 1998.

7 M. L. COIT: *Andrew Jackson*, Houghton Mifflin, Boston, 1965.

8 R. B. DISHMAN: *The state of the Union*, Charles Scribner Sons, New York, 1965.

9 D. W. BROGAN: *Genio y figura del norteamericano*, FCE, Mexico, 1945.

10 A. DE TOCQUEVILLE: *La democracia en América*, (1835 1ª parte/1840 2ª parte), Ed. Akal, Madrid, 2007.

asentamiento de las poblaciones, dando pié, la conciencia común de dicho sentimiento, a algo tan difuso pero cierto como la *norteamericanidad*¹¹.

Dos décadas discurren entre 1820 y 1840 y en ellas los Estados Unidos experimentan un conjunto de transformaciones decisivas¹². El impacto de la Primera Revolución Industrial en las regiones del Noreste, la inundación de colonos en el medio Oeste, la implosión de los centros urbanos y el desarrollo inicial del transporte a gran escala constituyen cambios de tal magnitud que promueven la rápida sustitución de los viejos hábitos económicos, sociales y políticos¹³. La consolidación de fuerzas extensas exigía el cambio radical en los hábitos. El político tradicional, *profesional*¹⁴, se veía incapaz de hacer frente a las exigencias de los nuevos grupos dominantes y de una generalidad de ciudadanos a la que las fuerzas productivas ofrecían sin desdoro toda la riqueza y el progreso¹⁵ de una tierra de promisión. Entretanto, los hacedores de mentalidad —poetas y filósofos— se inspiraban a marchas forzadas, y las mujeres¹⁶, modestas burguesas que se dedicaban al mantenimiento de las familias, se tornaban en improvisadas enfermeras y maestras, preocupadas por la educación de los niños, la precaria condición de las minorías marginadas, la esclavitud e incluso la desidia de los políticos en lo referente a la naturalización cívica de ellas mismas. Hubo personajes que, como Henry David Thoreau (1817-1862)¹⁷, simbolizaron la particular interpretación tardía que los norteamericanos de mediados del siglo XIX hicieron del Romanticismo ya evanescente en Europa. El Romanticismo eclosionó en América de dos

11 «Americans are those who wants to be» -señala E. HOBSBAWN, en *Nations and Nationalism, since 1790. Program, Myth and Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 88, adjuntando a la voluntad de las personas el sentimiento común de religiosidad y la constitución.

12 Sigue siendo indispensable, R. V. REMINI: *The revolutionary age of Jackson*, New York, Harper and Row, 1972.

13 A. JOHNSTON, J.A. WOODBURN: *American Political History, 1763-1876*, Publicado por G.P. Putnam's Sons, 1905. Digitalizado, Biblioteca del Congreso de los EEUU, 2007. BRUCE, H.R.: *American Parties and Politics: History and Rôle of Political Parties in the United States*, H. Holt and company, 1937. Digitalizado, Universidad de Michigan, 2006.

14 M. MEYERS: *The jacksonian persuasion, politics and belief*, Stanford University Press, 1957.

15 K. P. PHILLIPS: *Wealth and Democracy: A Political History of the American Rich*, Broadway Books, 2003.

16 Mito nacional recuperado por la historiografía tras la Segunda Guerra Mundial, la esposa del presidente Jackson adquiere un protagonismo singular en la historia de la etapa. En sus aciertos y desdichas personales incorpora muchas de las experiencias de las mujeres estadounidenses de la época. La biografía clásica en la que se inspiran las posteriores es la de STONE, I.: *The president's lady; a novel about Rachel and Andrew Jackson*, New York Doubleday, Garden City, 1951.

17 A. CASADO DA ROCHA: *Thoreau. Biografía esencial*, Acuarela, Madrid, 2004.

modos plenamente distintos, bien se tratase del norte o del sur del incipiente país, contribuyendo a subrayar la brecha primigenia. La propia idea de unos Estados Unidos de América experimenta una irrefrenable expansión, tanto más certera cuanto, inspirada en el Trascendentalismo¹⁸, va seguida de una autoconciencia de singularidad. Lo más tangible y aparente, la acción política, se alimentó de la teoría de la Frontera, primero de un *middle* y más tarde de un *far west*, concreción y praxis de una inspiración de origen teológico que dió cohesión a una nación forjada sobre la base de una empresa común, cotidiana y en absoluto ideal.

Democracia y frontera, reparto y beneficios, frontera y civilización¹⁹, hombres, mujeres y acción, son los fragmentos de una coyuntura singular camuflada en su forma histórica de continuidad por obra de un suave y engañoso reformismo.

II. La Era Jackson constituye un periodo de la historia estadounidense que se corresponde, en el ámbito internacional europeo, con un tiempo de búsqueda de estabilidad social y gubernamental en el uso de variopintas prácticas reformistas que sirven para ir amagando los propósitos más virulentos tragos de las revoluciones nacionales²⁰. Si la inmovilidad, genéricamente hablando, es un vestigio del pasado, allí donde persiste —véanse los Imperios ruso o austrohúngaro— actúa como catalizadora de las tensiones que provocan a la postre una riada de estallidos violentos. La república estadounidense es consciente de que ha de decantarse por las reformas precisamente para soslayar los efectos involucionistas que siguen a las continuas revoluciones en Europa. El clima de tranquilidad que hace posible el crecimiento económico y la prosperidad se construye en las formas de la democracia de un sistema político no obstante *conservador*, en el sentido de no rupturista. La legalidad administrativa deviene el marco histórico dentro del cual todo es posible, y fuera de cual nada lo es.

Sin embargo desde su constitución se pusieron de manifiesto problemas de índole práctica entre los Estados de la Unión, problemas que la teoría política era por sí sola incapaz de resolver. El arcaísmo de los llamados padres de la Unión había consagrado la tesis de que en la raíz de la corrupción política

18 *The Dial* fue un órgano de gran influencia del Movimiento Trascendentalista en las letras estadounidenses entre 1840 y 1844.

19 C.M. BABCOCK: *The significance of the frontier in American history*, Holt, Reinhart and Winston, Inc, 1965.

20 Clásicos pero indispensables de la bibliografía en torno a las revoluciones nacionales: E. HOBBSBAWM: *La Era de la Revolución, 1789-1848*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 1972; J. A. S. GRENVILLE: *Europa remodelada, 1848-1878*, Editorial Siglo XXI, 1987; J. DROZ: *Europa: Restauración Y Revolución, 1815-1848*. Editorial Siglo XXI, 1981.

estaba la organización de partidos. La era Jackson acaba con este precepto limitador y deja paso a la posibilidad real del partido político, de la práctica política como vía de acción; del embrión del bipartido como instrumento de superación de la inestabilidad interna²¹.

La institucionalización de la democracia, así como de sus prácticas esenciales, se operan en este tiempo histórico. Un breve ejemplo. Con el advenimiento de la administración Jacksoniana (1829-1837) se había desatado una fiebre peticionaria por parte de numerosos grupos de interés que, con demasiada frecuencia, agitaba a la opinión pública con fines particulares. El movimiento antiesclavista se vinculó a este mecanismo de la Democracia. En 1837 la Cámara de Representantes decidía que los esclavos no eran ciudadanos y por lo tanto carecían del derecho de *petición*.... No así las mujeres, a las que se reconocía su condición ciudadana, si bien se estimaba que se trataba de un tipo de ciudadanía, la suya, *diferente*²². Con el sesgo condescendiente que caracterizaba el gesto magnánimo de los varones, el reconocimiento del derecho a la petición ejercido por las mujeres las aproximaba —solo eso— al estatus de ciudadanas. La campaña de petición antiesclavista iniciada ya en 1835²³ fue una de las primeras iniciativas de una larga serie, en la que mujeres de condición burguesa —blancas y favorecidas por un mínimo desahogo económico— planteaban al Congreso²⁴ y a la opinión pública una solicitud no individual, y tomaban parte activa del diálogo público. En 1837 las hermanas Grimké, Sarah y Angelina, cursaron una gira de conferencias para hablar de la esclavitud y de la igualdad de sexos ante la ciudadanía²⁵.

El Partido Demócrata, el más antiguo, surgió del esfuerzo por aglutinar tendencias demócrata-republicanas en una insólita alianza, la de los industriales del norte y los plantadores del sur. El sistema de elecciones se hizo más racional gracias a la introducción de las convenciones. La práctica tradicional permitía la elección de candidatos independientes. Ahora el pueblo elegiría a una convención de delegados en lugar de a un individuo. En esencia, esta

21 J.P. GREENE: *Encyclopedia of American Political History: Studies of the Principal Movements and Ideas*, Scribner, 1984.

22 M. HUGUET: «De las peticionarias a las eugenistas: ensayos de la modernidad estadounidense.» Granada, Revista ARENAL, 2009 (En prensa).

23 S. ZAESKE: *Signatures of Citizenship. Petitioning, Antislavery, and Women's Political Identity*, University of North Carolina Press, 2003.

24 La documentación relativa a esta magna iniciativa está en la actualidad custodiada por el proyecto: *Our Mothers before Us*, radicado en el Outreach Branch, Center for Legislative Archives, (Senado de los EEUU), Main National Archives Building in downtown Washington, DC.

25 En 1838 Sarah Grimké publicaba «*Cartas sobre la igualdad de los sexos y la situación de la mujer*». S. GRIMKÉ: *Letters on the Equality of the Sexes and the Condition of Woman*, Addressed to Mary S. Parker, President of the Boston Female anti-Slavery Society. Isaac Knapp, Boston, 1838, pp. 10-16.

modificación suponía la restricción del sufragio universal, según la denuncia del grupo Whig, que alegaba que el cambio implicaba una peligrosa privación de las libertades individuales. Sin embargo, hubo de reconocerse que el nuevo sistema electivo comportaba una clara utilidad práctica ya que facilitaba la inclusión de la política de cada Estado de la Unión en el engranaje nacional. Además, hacía posible algo tan difícil como que los partidos se concentrasen en su acción hasta alcanzar una armonía y cohesión interna. El sistema evitaba las eternas luchas entre candidatos y la posible victoria electoral de una minoría escasamente representativa de los intereses comunes.

Siendo el primero de los dos grandes partidos en constituirse (Convención Nacional de 1840), el origen del Partido Demócrata se halla en los antifederalistas, también llamados Demócrata-Republicanos o Jeffersonianos de la primera década del siglo. La mayor parte de los políticos se consideraba adscrita a esta corriente, si bien comienza ya a despuntar otra, la de los *halcones de la guerra*, liderada por Henry Clay. El grupo de Clay, facción de signo más radical y uno de los principales opositores de Jackson durante su carrera presidencial, defendía las mejoras internas para ligar la frontera al resto del país, la protección militar de los *americanos* frente a los indios, el control federal sobre la milicia del Estado y la creación de un ejército y de una marina federales. Durante décadas los principales argumentos de las discusiones en el seno del Partido Demócrata serían de índole económica. Los demócrata-republicanos eran partidarios de actividades bancarias del Estado, frente a los federalistas que solicitaban la creación de un banco nacional central. Desde la presidencia, Jackson se esforzó por equilibrar los intereses de todos. Por un lado, las demandas de las gentes del Oeste para realizar mejoras internas frente a las protestas del Noreste ante los enormes gastos federales. Por otro, la insistencia del Sur con respecto a la reducción de las tarifas proteccionistas. Finalmente, triunfó la tesis propuesta por algunos políticos, como el Vicepresidente Calhoun, con respecto a que cualquier estado podía anular la ley nacional —en especial la tarifa proteccionista—, frente la presión occidental de un gobierno nacional más fuerte, particularmente en sus departamentos militares. Era obvio que la América de aquel tiempo hacía el firme propósito de preservación de los intereses federales frente a los nacionales. La elección de los gobernadores de los estados era independiente del poder de la nación y resultaba inviable ostentar dos cargos políticos a la vez, bajo el gobierno de los Estados Unidos y bajo el gobierno federal.

III. Lo más curioso a los ojos de cualquier europeo que observara las transformaciones políticas del país en aquellos años centrales del siglo XIX era la teatralidad con que se desarrollaban las campañas electorales. Nada más alejado de las prácticas del viejo continente que el entusiasmo masivo y

anónimo con que el pueblo se involucraba en el proceso y seguía al candidato de su partido por pueblos y ciudades. Cuando Jackson hace su entrada en Washington lleva la cabeza descubierta, símbolo de la servidumbre con que se presenta ante su soberano, el pueblo de los Estados Unidos. Quienes le aclaman se identifican con él y le miran como representante de su voluntad. La fuerte personalidad de Jackson actúa reforzando el poder presidencial. Jackson se presenta como el líder desligado de la élite política. Indudable símbolo de la Democracia en América, Andrew Jackson restó no obstante poder y autonomía al Congreso americano, absorbió como estaba este en el protagonismo absoluto que le proporcionaba el voto del pueblo. La época que precedió a la etapa de Jackson había sido tan notable en personajes que, a excepción del propio presidente y de algunos hombres singulares de la política, el ojo de la historia sobre esta coyuntura particular se ha fijado más en los efectos de las acciones que en sus hacedores. Pero políticos notables apoyaban y asesoraban a la administración presidencial. La camarilla de Jackson, *the kitchen cabinet*, amigos o enemigos según la coyuntura, estaba constituida por Martin Van Buren, John C. Calhoun, Daniel Webster y Henry Clay. La Presidencia fue acusada de corrupta por el siempre punzante grupo Whig, a causa de la existencia de esta *irregular* institución.

No obstante el peso de las cuestiones económicas, la nota predominante de la polémica política estribaba sin duda en la Unión. Jackson defendía a ultranza la postura unionista frente a la que sostenía el mantenimiento de los privilegios de los Estados. Su proclama era muy clara: «*Que el Gran Señor de las naciones... inspire una nueva veneración por esa Unión que, si osamos penetrar sus designios, ha elegido como el único medio de alcanzar los altos destinos a los que razonablemente podemos aspirar.*»²⁶ Pero la fuerza de la Unión se desvirtuaba a cuenta de los intereses comerciales de los Estados. El Sur consideraba inconstitucional el proteccionismo demandado e impuesto por el Norte porque beneficiaba a un sector del país y perjudicaba a otro, así que exigía hacer valer el derecho de anulación para las leyes tarifarias. Para Jackson dicha anulación se identificaba con la desunión y la traición. El credo *jacksoniano* rezaba así: *Our Federal Union: it must be preserved*. Carolina del Sur dió una gran batalla contra el Presidente y sus dictados arancelarios. Frente a Jackson, el Vicepresidente John C. Calhoun era partidario de la doctrina de los *Derechos de los Estados*. El derecho inalienable de los Estados a hacer su parecer les permitía incluso retirarse de la Unión si así lo estimaban oportuno. El pretexto utilizado por el Sur era comercial. Las altas tarifas impuestas a las exportaciones europeas elevaban su precio y, puesto que Europa compraba

26 Proclama del presidente Jackson al Pueblo de Carolina del Sur en 1832, en BROGAN, D.W.: *Genio y figura del norteamericano*, FCE, 1945.

grandes cantidades de algodón al sur de los Estados Unidos las altas tarifas hacían perder beneficios a los comerciantes del Sur que exportaban productos. Los impuestos eran bien venidos en el Norte ya que los comerciantes del Sur se veían obligados a comprarles a ellos. La campaña de Calhoun en el Sur dictaba que, puesto que el Sur estaba en desventaja en términos comerciales, los Estados tenían derecho a retirarse de la Unión: «*A ustedes se les han aumentado los impuestos para que beneficien a los comerciantes del norte*», se argumentaba. Para Calhoun la Constitución y la Unión quedan en un segundo plano, tras el sagrado principio de la Libertad. Para Jackson, en cambio, disolver la Unión suponía perpetuar la batalla interna, un pretexto ilícito para fomentar una fricción que entorpecía el designio común. Lo cierto es que, superado el asunto de las tarifas, se matuvo el clima de división entre el Norte y el Sur. Jackson hubo de equilibrar los intereses de todos: las demandas de las regiones occidentales para llevar adelante mejoras internas al tiempo que el noreste se quejaba de los enormes gastos federales, y las presiones de quienes pedían la prevalencia de los intereses de los Estados por encima de las leyes nacionales frente a quienes solicitaban mayor fortaleza del gobierno nacional, especialmente en los departamentos militares del oeste.

El resquemor surgido tras la victoria final de Jackson quedó adormecido pero latente durante décadas. En el Norte los pequeños lotes de tierra eran cultivados directamente por sus propietarios. Allí se articulaba un paisaje de pequeñas y confortables granjas en las que no existía el concepto de *gentry*. En el Sur, en cambio, enormes extensiones de límites imprecisos estaban en manos de unos pocos propietarios, cuya noción de aristocracia, diferente en apariencia a la europea, participaba no obstante de una caracterización obviamente importada. Ambas sociedades perfilaron su particular forma de ver la Unión. Si bien algunos Estados como el de Carolina del Sur invirtieron una porción sustancial de sus energías en defender su modelo de nacionalismo local, ejerciendo de agentes resistentes a la unificación, lo cierto es que esta dinámica histórica no fue lo suficientemente potente como para entorpecer la que sería característica común de todos los Estados de la Unión: su expansión territorial.

IV. Andrew Jackson es visto por sus coetáneos como la cara de los hombres de la *frontera*. Sus virtudes *naturales* contrastaban con la artificialidad y la decadencia de las de los líderes europeos. Coraje, valentía, generosidad de espíritu, capacidad para encarar los problemas directamente... son las cualidades con las que se define a Jackson, las mismas seguramente que podrían describir al cazador, al forajido, al explorador de las planicies del medio oeste.

27 En C. BABCOCK y MERTON: *The significance of the Frontier in American History*, Ed. Holt, Rinehart and Winston, Inc, 1965.

Frederick Jackson Turner (1861-1932) describe la frontera como el punto en que la gente civilizada se mueve hacia el territorio incivilizado, allí donde la tierra existe tan sólo para ser tomada²⁷. Thoreau expresaba la fuerza magnética que empuja a la gente a abandonar la condición de calma y estabilidad adquirida²⁸, para adherirse al *movement* —matizaría Emerson. Los demócratas se situaron al frente del impulso expansionista, favoreciendo una imagen racional de la expansión continua hacia el Oeste del territorio norteamericano. Ungidos por el convencimiento del derecho divino que les guiaba, el joven pueblo de la Unión consideraba que la creación de un imperio que se extendiera entre los océanos no podía ser sino algo natural y ordenado por Dios. Texas, Oregón y California culminarían la obra, el marco al que el Sur aspiraba para dar rienda suelta a su economía de plantaciones.

La cuestión que se dilucida en este punto es débilmente aceptable desde el punto de vista religioso o moral. Al permitir que los Estados del sur se expandan hacia el oeste se da a los esclavistas nuevos recursos y argumentos que dilatan en el tiempo la abolición de la esclavitud²⁹. Al saberse dueño de una conciencia recta, la antiesclavista, el Norte se cierra en banda a esta posibilidad, pero consigue de paso lo que más anhela: ahogar el crecimiento del Sur en beneficio de su sistema de producción industrial y comercial³⁰. No obstante, el desempeño de esfuerzos populares para avanzar hacia el oeste tuvo la virtud de alimentar un sentimiento común de autoconfianza que sería parte de la herencia compartida por todos. El optimismo inherente a la empresa, la solvencia de los métodos individuales en el hacer, y la fe en el sentido democrático de un orden político, modificado en lo imprescindible y con enormes reservas, eran las actitudes que definían a la generación de norteamericanos de mediados de siglo XIX: los *cocky*³¹.

28 H. D. THOREAU: *Walking*, 1862. *Caminar*, Árdora Ediciones, Madrid, 1998.

29 La esclavitud existía en la América colonial desde 1619, pero la dependencia de la mano de obra esclava en el Sur se propagó a finales del XVIII. En la Constitución de los Estados Unidos, los esclavos se definían como propiedad, no como ciudadanos, y no gozaban de ningún derecho. En 1808 se prohibió la importación de esclavos, pero su posesión era aún legal en muchos estados, tanto del norte como del sur. Su tráfico entre estados era un negocio muy próspero para los ciudadanos más adinerados. El cambio de la actividad económica en el norte supuso la venta de esclavos a las regiones del sur. Se estima en unas 600.000 familias esclavas las afectadas por estas ventas entre 1820 a 1860. La esclavitud en Estados Unidos sería abolida en 1865 con la aprobación de la Enmienda Decimotercera a la Constitución. Ver M. MASON: *Slavery and Politics in the Early American Republic*. UNC Press, 2006.

30 A. SCHLESINGER: *The Age of Jackson*, Little Brown, Boston, 1945, enfatizó el papel de los trabajadores del Noreste en el devenir del país durante la administración Jackson, en una interpretación que, si bien hoy se nos antoja excesivamente sesgada hacia la importancia de esta cuestión social, ha quedado no obstante mitificada en la historiografía estadounidense.

31 Alguien identificable por tener tanta seguridad en sí mismo y en sus propias habilidades que prescinde de tener que molestar a los demás.